

REVISTA DE ARTES Y LETRAS (1918). REEDICIÓN.

Edición y estudio preliminar: Gonzalo Montero Y.
Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2016. 410 p.

La *Revista de Artes y Letras (1918)*, publicación dirigida por Fernando Santiván y Miguel Luis Rocuant, surgió como la sucesora ideal de los ejercicios estéticos y literarios elaborados por la *Revista de Los Diez (1916-1917)*. En ese sentido, Gonzalo Montero replica el esquema sucesivo de circulación de ambas revistas, pues la reedición de *Artes y Letras* continúa el exhaustivo trabajo de investigación, difusión y recuperación del patrimonio cultural de la escena literaria chilena a principios del siglo XX, ya iniciado junto a la historiadora Verónica Méndez el año 2011 con la reedición de la *Revista de Los Diez*.

En esta oportunidad, es Montero quien de forma exclusiva asume la tarea de editar en un volumen de 410 páginas los cuatro números de la *Revista de Artes y Letras* aparecidos el año de 1918 (de enero a agosto). Montero ofrece a los lectores un completo “índice de los principales colaboradores de la revista” donde se advierte el nombre de cinco colaboradoras y el de dos escritores “de origen social proletario y de filiación anarquista como José Santos González Vera y Antonio Acevedo Hernández” (12). El hallazgo de estos autores y sus singularidades no pasarán inadvertidos para Gonzalo Montero e inclusive forman núcleos centrales del único estudio que acompaña esta edición. La relevancia de este tipo de pesquisas críticas, ineludiblemente, implica reconocer el legado intelectual y literario de escritores(as) que articularon el campo cultural chileno en esa época. No obstante, la rigurosa actividad genealógica establecida por el editor de la reedición en cuestión, revitaliza las lecturas institucionalizadas en torno a las convergencias y divergencias de estas voces autorales abriendo nuevos temas de discusión.

El ensayo que introduce a la amplia diversidad de textos que incluye esta cuidada reedición se titula “La *Revista de Artes y Letras (1918)* en el campo cultural chileno: ideologías sociales y trayectorias estéticas”. Montero expone la heterogeneidad de colaboradores y discursos que exhibe la revista, esta estrategia expresa la tensión entre la decadencia de una elite letrada productora de un espacio de control social y las democráticas e innovadoras representaciones estéticas que van a influir decididamente en las vanguardias artísticas. La *Revista de Artes y Letras* propició significativos desplazamientos entre los espacios de centralidad y marginalidad presentes

en la sociedad chilena. Promovió una apertura analítica a raíz del lugar privilegiado que otorgó en sus páginas a las circunstancias contextuales que proliferaron en el discurso literario de sus autores, ya que el extenso repertorio de variadas materialidades textuales comenzó a dismantelar los ordenamientos letrados que no permitían su ingreso al sistema literario canónico. Aquellos textos producidos en el margen debido a su carácter subversivo, su incompatibilidad con las preceptivas de estilo imperante o, incluso, en muchos casos fueron desplazados por resistirse a la normativa de los géneros, entre otras consideraciones.

En dicho contexto interpretativo, Gonzalo Montero señala que la revista dirigida por Santiván y Rocuant es un “documento que demuestra un estadio inicial de esos cambios en el acceso a la escritura y a sus privilegios: al revisar sus colaboradores vemos que, si bien la mayoría coincide con la figura del letrado tradicional, hay excepciones importantes, como lo son las escritoras mujeres o los colaboradores que, provenientes de las clases medias o de provincias marginales” (15) instalaron otras prácticas discursivas que fisuraron el discurso racionalizador de la modernidad latinoamericana.

En ese sentido, los discursos femeninos contruidos por Inés Echeverría, María Monvel, Clarissa Polanco o Magda Sudermann desplegarían dispositivos desestabilizadores de la “representación literaria y la actividad cultural” (17). Por dicho ejercicio enunciativo, las colaboradoras de la revista emplearon “retóricas discursivas ajenas (masculinas)” (17) provocando fluctuaciones entre el mundo de lo privado y lo público. Es sin duda interesante fijar la mirada en los textos escritos por las colaboradoras de la revista e intentar desentrañar algunas claves de lectura que nos permitan rastrear el anverso heterogéneo del proyecto editorial de Artes y Letras, contribuyendo desde otras perspectivas y otros relatos a una política interpretativa dinámica e integracionista. En consecuencia, las reflexiones de Montero contenidas en su estudio preliminar son absolutamente pertinentes, pues indaga en aquellos olvidos y silenciamientos sugeridos por lecturas contemporáneas, con los que sugiere rastrear los diálogos propuestos entre el discurso literario y los diferentes contextos.

Las mujeres ingresaron a este espacio discursivo, otorgando a sus reflexiones sobre el discurso dominante una clara proyección pública. Desde la escritura y la posterior publicación de sus textos/discursos, las mujeres, ahora escritoras, articularon una voz propia que resignificó las categorías asignadas por la cultura oficial. Los tópicos abordados por este grupo de colaboradoras iban desde el rol de la maternidad hasta la construcción de una sociedad civilizada. Por este motivo, se explica que las primeras publicaciones escritas por mujeres se gestaran en los círculos privilegiados de la sociedad, ya que, como sabemos, las tasas de alfabetización eran muy bajas en las primeras décadas del siglo XX y más aun para las mujeres, lo que no significó que la cultura de mujeres se diera exclusivamente en las clases favorecidas.

A lo largo de los cuatro números que van desde la página 41 hasta la número 410, los lectores encuentran múltiples registros textuales, entre los cuales podemos

mencionar: narraciones breves (firmadas algunas por Iris o José Santos González Vera), poemas, críticas pictóricas, partituras, fragmentos de novelas (entre las que destaca “Sensaciones de Iquique”, extracto de la obra de Eduardo Barrios *Un perdido*), crónicas de viajes, críticas de libros (las cuales a partir del tercer número cambian el nombre de la sección a “Notas bibliográficas”), artículos sobre política nacional e internacional (a cargo de E. de Salaverry), anécdotas literarias bastante lúdicas inclusive para un lector del siglo XXI, imágenes de obras de arte y una comedia de un acto escrita por Antonio Acevedo Hernández llamada *Navidad*, en la cual denuncia las precarias condiciones sociales de la población que distaban mucho del lujo, el confort y el cosmopolitismo que exhibían los sectores acomodados. La compilación de este riquísimo material textual invita a los lectores críticos a rastrear las condiciones de existencia, regularidades, contradicciones, relaciones o exclusiones con otros discursos, es decir, emprender nuevos recorridos analíticos del campo discursivo trazado por la *Revista Artes y Letras*.

Carlos Altamirano en su libro *Intelectuales. Notas de investigación*, haciendo eco del trabajo del historiador Christopher Prochasson, indicaba las potencialidades de la sociabilidad intelectual contenida en la revista. En palabras de Prochasson: “ellas no son sino excepcionalmente simples recopiladoras de artículos; son lugares de vida. Las amistades que se tejen, las solidaridades que se refuerzan, las exclusiones que allí se manifiestan, los odios que se anudan son elementos igualmente útiles para la comprensión del funcionamiento de una sociedad intelectual” (444). En esa dirección, la oportuna reedición de la *Revista de Artes y Letras* invita a los críticos de la literatura chilena a dar cuenta, en sus aproximaciones analíticas, de nuevas perspectivas valorativas sobre las propuestas estéticas, formatos, programas, polémicas y tipos de subjetividades, entre otras, con el propósito de legitimar el vasto abanico de posibilidades que emerge de las políticas culturales diseñadas en esta publicación.

Leticia Contreras Candia
Pontificia Universidad Católica de Chile